

INTRODUCCIÓN

Hay muchas formas de salvarse, a veces no es uno mismo el que decide cómo hacerlo, es tu propia conciencia la que te lleva hacia las cenizas del que ha de ser tu resurgir como persona. Aprendí que equivocarse es resbalar delicadamente una decisión por ciegos caminos, y que la palabra lograba taparme los huecos donde siempre tropezaba y caía. Las personas siempre me confundieron como las sombras al presagio del llanto, jamás, aunque lo intenté mil veces, pude sentirme yo misma ante quienes sabía que apuñalaban en sus gestos mi manera de sentir. A pesar del aplastamiento de mis energías por la incompreensión ajena me mantuve firme ante el lápiz y el papel, ante mi manera de sobrevivir a esta sociedad que se está llevando lo que nos mantiene a muchos en pie: la cultura, la literatura, la poesía.

Yo no sé aún cómo vivir sin emborrachar al aliento de la madrugada con piernas de alquiler barato en hojas en blanco, el amor no se acuerda del ruido y se golpea ante el espejo de mi biografía, y reconozco que esta vida, este mundo, me siguen quedando demasiado grandes. A mis treinta y cuatro años sigo sin encontrarle la magia a este irrisorio juego que es el vivir. Ya ves, sigo intentando improvisar mi sonrisa en el consuelo que me dan miradas, gestos, sonrisas, perfumes y salivas, lunares y antojos picoteados de distancia.

Escribo, y mis poemas se abren ante la vergüenza de tenerme bajo el vino de tanta soledad, escribo y la ansiedad baila en esta ciudad donde la humedad sostiene la ternura que encadena mi almohada con el reflujo de sentirme a destiempo de todo y de todos, súplicas y rubor ante lo que escribo, la falange de una pausa forzada ante lo cotidiano, escribo y me perdono por ser como soy.

Esta noche de un octubre diplomático tengo las manos rendidas ante la taza de té y los zapatos que nunca suben mi escalera. La voz sorda y la cama muriéndose a las diez en punto. El exilio de una valentía llamándose a sí misma. Algodón de azúcar en una calle de doble moral. El espejo que me escupe humo de verdades. Un golpe de brisa en el jadeo de tu corazón. Los relámpagos de mis cicatrices sin lámpara y miradas con lupa. El triángulo de una mujer con una vela y un cigarrillo. Mi vestido azul volando a tu indiferente manera de sentirme. La guerra de olvidos de colores. La memoria con paraguas y terrones de paciencia. Y el olfato del ritmo sudoroso de los fracasos. Y saberme valiente a pesar de ellos. Y seguir viviendo a pesar de mí.

Y siempre la poesía sacudiendo mis tiempos cerrados... la infinita venganza del cuento que resuena y no acaba... la ventana siempre abierta a la esperanza, mirada siempre desde los ojos de la niña que dibujaba otoños en lunares sin olvido...

PEQUEÑA MIRADA AL MAÑANA

*Fábulas sentadas en trenes con nuevos horizontes,
el fruto frágil y esperanzador de la paciencia,
la espera húmeda de fuentes de voluntad y corazas arrancadas,
un abrazo sin control a la anatomía siempre irresistible
de la esperanza.*

DICEN POR AHÍ...

Frecuentemente la verdad suele ser lo contrario de los rumores que circulan acerca de los sucesos y las personas.
(Jean de la Bruyere)

Viejos fantasmas del ayer
lloraban en el hombro de mi calma,
he aprendido a darle veneno al tiempo,
que nada se lleva si no luchas sus gritos,
si no blanqueas las noches azules
y das un portazo a los mordiscos de la realidad.

Voces que murmuran las camas que surqué,
brazos en cadena tras mi alma amortajada,
bocas sucias de agonías y arena,
¡quién sabe a qué o a quién amé en mi cansancio,
qué desnudo cuerpo mi locura ruborizó de plata,
a cual nombre rodé por la escalera de mis hojas dormidas!

Amé secretamente bajo la burda excusa del dolor,
deseé la manzana más prohibida a distancias tan profundas
como la selva de las ciudades que no duermen,
ahora mírame, te dejo tus dudas girando en la rueda,
yo nunca fingí la brisa donde el huracán pierde el ombligo,
créeme.

Corazón abierto, tendida en los alambres de la muerte,
lo confieso, le he llenado de mariposas el vientre,
ocultándola en mis mejillas,
he rodado haciéndole el amor
al ataúd del que me encapriché torpemente,
buscando los gemidos de un cielo por domar.